

U NO DE los pilares que mantienen en vigor nuestra estabilidad democrática es el hecho de que en Chile nunca se ha visto un partido — muy, pero muy rara vez a un candidato— que pierda una elección. Sin ser profeta, es fácil augurar que esto se ratificará copiosamente el domingo 2.

Y no es cuestión de cómputos, de tantos o cuántos diputados y senadores electos. Sería de roto fijarse en semejantes minucias. Por lo menos prosaico. Suena como interesado, ¿no es cierto? Como falto de imaginación. Obvio. ¡Miren que contar los votos y decir: "Este ganó"! ¿Cuál es la gracia? ¿Dónde está la poesía?

La poesía —podría contestar un buen alumno de política nacional— no está en las elecciones, sino en las explicaciones.

Cuando un grupo equis logra más sufragios o más parlamentarios de los que tenía no pasa nada. Ahí se impone la rutina, y es cosa de declarar: "Triunfamos. Nuestro movimiento, etcétera. El país reconoce, etcétera. Los altos destinos de la patria... El buen sentido tradicional del pueblo... La mujer chilena, como un solo hombre... La juventud con su experiencia..."

Lo bonito, el gran-espectáculo-gran del lunes postelectoral, está a cargo de los otros. Los que tu-



vieron o menos votos o menos parlamentarios, o menos votos y menos parlamentarios.

E N LA EPOCA primitiva del explicacionismo los recursos eran más bien burdos. Se hablaba de que "esta derrota constituye un triunfo moral". O de que "el bando contrario no ha trepido en violar la conciencia ciudadana practicando el cohecho". O: "Perdimos porque se ejerció una descarada intervención". Diamante en bruto de ese período: "Nos robaron los votos".

El sistema —al igual que muchos de quienes lo usaron— no tenía futuro. Se justificó en un Chile casi bucólico, de economía agraria y viajes en carreta. Un Chile sin estadísticas, encuestas, inflación ni otros adelantos. Con ellos, fuerza era renovarse.

Fuera de que la repetición de los recursos los hizo inoperantes. A lo del triunfo moral, una escuela filosófica respondió que eran puras chivas. Al robo de votos, los pensadores opusieron: "Y pa' qué son giles". La intervención no convenció, y el cohecho vino a ser inenarrable a la tercera reforma electoral, que, según todos, "terminó para siempre con el cohecho".

C RISIS DEL explicacionismo? Las pinzas. Una imaginación nacional pujante tenía que encarar el desafío. Lo hizo, y se produjo una verdadera eclosión de fórmulas neotriunfalistas. Nunca tantos justificaron tan bien tan pocos votos.

Hay varias corrientes, a gusto del consumidor.

Una, la de la Agrupación Tendencial, opera en la siguiente forma: supóngase que el partido A sólo convenció a los parientes de sus candidatos, hasta un grado de consanguinidad no muy amplio, más tal o cual elector distraído de los que nunca faltan. En los cómputos, derrota cabal. En la explicación, "una vez más nuestro pueblo se pronunció en favor de los sectores..." Los puntos suspensivos se llenan —según los casos— con *democráticos, opositores o que respaldan a esta administración*.

También es posible cubrir el hueco con *partidarios de los cambios y partidarios de la estabilidad*.

O TRA CORRIENTE se va por el lado de las cifras. ¿Bajamos en senadores? A ver los diputados. ¿Bajamos en senadores y diputados? A ver el número de votos. Como cada año se inscriben más, puede que hayamos aumentado. ¿Tampoco? A los porcentajes, mi alma.

Y ahí sí que se puede hacer cualquier cosa. Tó-

Guillermo Blanco

¿ De qué derrota me hablan ?

26-II - 4-III - 69

mense, por ejemplo, las comunas en que no nos fue tan mal. Déseles un nombre encachado: de pobladores (¿quiénes no pueblan el lugar donde viven?), de clase media, de artesanos, de pequeños empresarios agrícolas, de campesinos melancólicos, etcétera.

En fin, si la situación es muy desesperada, puede recurrirse a generalidades del tipo: "Hemos triunfado los adversarios de las alzas". O: "No pudieron contener a los enemigos de la inflación". O: "Inobjetable victoria de los grupos políticos antisequía".

¿Quién sería capaz de discutir seriamente la verdad de tales afirmaciones? No hay, pero si hubiera un candidato partidario de la sequía, la inflación o las alzas, no podría conseguirse ni el voto de una tía suya, chocha y arteriosclerótica.

Absurdo sería que un artículo simple y silvestre pretendiese abarcar todas las posibilidades y variantes del explicacionismo. No ha sido la intención agotarlas. Si el lector quiere ver "en vivo" a los acróbatas justificantes, no se pierda los diarios del lunes 3. Y si encuentra a un partido que se declare perdedor, puede reclamar una flamante bicicleta en nuestros establecimientos de la calle Tal, número tanto. ■